

Córtés, que tantos días de gloria dieron á la nacion española; el municipio, el gran soldado de la reconquista, arrolló su bandera y quebró sus armas; el pueblo conquistador, el pueblo aventurero, fué disperso y roto en mar y tierra; la miseria enflaqueció los cuerpos, la ignorancia las almas; los cánticos populares se perdieron, y el pueblo, autor del *Romancero*, sólo supo balbucear los infames romances vulgares, signo de su envilecimiento; la literatura se tornó cortesana, la lengua alambicada, la filosofía sofisticada; y para que nada faltase á nuestra desgracia, gobiernos extranjerós, creyendonos impotentes como al último vástago de la casa de Austria, pensaron en dividirse como vil presa la gran nacion española.

Las consecuencias de la idea del derecho divino son bien ciertas, bien manifiestas. Si el rey es de derecho divino, el rey representa á Dios en la tierra; si representa á Dios, su voluntad no puede detener el mal, ni su inteligencia el error, y sólo á Dios debe dar cuenta estricta de sus acciones, de sus ideas; por consiguiente, el vasallo no puede ni debe intervenir en el gobierno del rey, ni dejarse de sus determinaciones; porque la voluntad del rey es el supremo código del pueblo.

Así el poder absoluto, apenas había tenido la oportunidad, fué tocado de impotencia. Nuestra

para volver á nuestra patria, debemos volver á principios del siglo XVI, reparar el castillo, cómo arruinado, construir el nuevo castillo, pagar la luz que irradia la naturaleza, detener el vuelo del espíritu, quebrar la gran nave del Hér-

III.

El absolutismo padece hoy una gran desgracia y sufre un tremendo castigo. Es un mal que la descomposicion de los cadáveres haya de causar horror á la vista, asco al estómago. El cadáver del absolutismo se descompone en presencia de todos, que quisiéramos verle reposar tranquilo en las tumbas de bronce, en los panteones de mármol que le ha levantado la memoria de las naciones. La descomposicion de esa forma de gobierno se conoce hoy en el mundo por ese sistema absurdo, incalificable, que sus mismos mantenedores no entienden, y que se llama neo-catolicismo. Para impugnar este sistema basta referir todos sus errores. Proclama que el progreso es mentira; que desde el siglo XVI Dios ha abandonado de su mano el mundo, precipitándolo en abismos pavorosos; que la razon y el absurdo se aman con amor invencible; que la Edad Media con

sus castillos feudales, sus guerras continuas, su malestar social, era una edad paradisíaca y luminosa; que el hombre ha decaído desde que es libre; que la sociedad ha enfermado desde que no es ya esclava; que aquellas leyes sociales, destinadas á reunir toda la riqueza en los conventos y en las iglesias, eran leyes verdaderamente cristianas; y que, para volver á nuestra pristina pureza, debemos volver á principios del siglo XVI, reparar el castillo gótico arruinado, encerrar al siervo en la gleba, apagar la luz que irradia la naturaleza, detener el vuelo del espíritu, quebrar la gran maza del Hércules de la verdad, la imprenta; macerar el cuerpo robusto de la civilización, la industria; arrancar la libertad, que es la verdadera alma de este nuestro siglo.

Examinad una por una las proposiciones de los neo-católicos, y echareis de ver que todas son igualmente absurdas. La razón es débil y no puede alcanzar la ciencia, dicen. El sentido comun rechaza esta proposición. El único criterio aplicable á la ciencia es el criterio humano, y el criterio humano es la razón. La religión no puede ser sentida sino por la fé; pero la ciencia no puede ser alcanzada sino por el raciocinio. Si destruis la razón, destruis la base de toda certidumbre, arrancais la raíz de toda verdad. Despues de llamarnos católicos, negais con el corazón ese mismo Dios que saludais con los labios. Para el que no cree en la razón, la ciencia

es como una larga procesion de espectros, y el mundo como una ilusion engañosa. *La razón* sólo nos da *la razón* de las cosas. Mas el neo-católico, para contestar á estas afirmaciones, dice: Sois racionalistas, no hay más que hablar; sois racionalistas. En este sentido lo eran San Pablo, San Agustín, Santo Tomás, Mallebranche, Fenelon. Pero el neo-católico, para preservarse del contagio, dice, murmurando palabras de su maestro: La razón y el absurdo se aman con amor invencible. Y esta es toda su afirmación filosófica.

¿Y su afirmación religiosa? Divina religión cristiana, manantial de nuestros consuelos, paño de nuestras lágrimas, númen de todas nuestras virtudes, fuente de inspiración para el artista; tú, que has engendrado tantos espíritus valerosos y libres y fuertes; tú, que has derramado flores llenas de los aromas del cielo en el camino de los pobres y de los afligidos; tú, que has bajado resplandeciente de luz y de hermosura al negro calabozo donde gemían los esclavos, y has roto para siempre sus cadenas; tú, que has alimentado con el pan de la vida á tantas generaciones al pié de los altares; tú, la casta musa del alma inspirada del Dante; tú, que pronunciaste por vez primera desde la sonrosada nube que te llevaba al cielo, la palabra «libertad;» tú, que has despertado en el corazón humano el sentimiento de un ideal infinito, que se dilata hasta la eternidad; tú, divina religión, protectora del hombre des-

de la cuna hasta el sepulcro, perdona á los que te hacen cómplice de todas las tiranías, fiel aliada de todos los tiranos, sancion de todos sus errores, velo de todas sus faltas; perdónalos, como perdonaba en su agonía tu divino autor á los mismos que lo escarnecían y lo crucificaban.

Y si tal es su afirmacion religiosa, ¿cómo será su afirmacion histórica? El mundo, dicen, ha retrocedido; la revolucion francesa es el triunfo de Satanás sobre Dios; la Providencia ha abandonado á la historia; el absolutismo era el dulce y cariñoso padre de los pueblos: el castillo feudal era el hogar de todas las virtudes; el pueblo esclavo, atado al carro de los reyes, era feliz; en el mundo triunfará siempre el mal sobre el bien, como la serpiente triunfó en el Paraiso, y Barrabás fué preferido á Jesucristo. Y despues, para concluir esta pintura, exclaman: El ángel del Apocalipsis ha venido; señales pavorosas manchan el cielo; la tierra tiembla, y se acerca el fin del mundo. Haced bien, sí, en desesperaros, en creer que el mundo, que huye en su triunfal carrera de vuestras plantas, va á concluirse; porque sólo concluyéndose el mundo podrá triunfar vuestra doctrina.

— 29 —
están españoles, los que los hombres eran mandados
cos, y nos han dicho que si, y se ha cubierto de
verguenza nuestro rostro, de dolor nuestra corazón.
Españoles, y olvidad que la ley de nuestra historia
es el continuo abatinamiento de la aristocracia; porque
siempre que en nuestra historia se abate la aristocra-
cia, se exalta la justicia. (Montaigne) é invocan
el nombre de San Fernando, de Alfonso X, de Isabel
la Católica, unidos á los nombres de los nobles.
Tendré la vista por el mundo, y lo que quiero hacer
dominado por aristocracias, encontraréis un desierto
depojado de esclavos. Tres grandes aristocracias ha

Los tiempos que corren son tristes como la incertidumbre, pavorosos como la guerra. Hay en algunos entendimientos afan por palpar sombras, y en algunos corazones amor á la muerte. Los partidos que más vida han gozado, tienen por instinto supremo el instinto del suicidio. Para vivir buscan todo lo que la civilizacion ha matado, y matan todo lo que la civilizacion vivifica. El principio vivificador de esta civilizacion es la libertad, y no hay injuria que no hayan escupido nuestros sofistas á la libertad; el principio destrózado por la civilizacion es el privilegio, y no hay esfuerzo que no hayan intentado para resucitar el privilegio.

En una ocasion solemne hemos visto á los plebeyos dirigirse con respeto al panteón de lo pasado y evocar la sombra de la aristocracia. En nuestro asombro hemos preguntado, si aquellos hombres